

Revista de Indias, 1989, vol. XLIX, núm. 187

HISTORIOGRAFIA ESPAÑOLA SOBRE EL DESCUBRIMIENTO Y DESCUBRIMIENTOS

POR

JUAN GIL

Universidad de Sevilla

Como ocurrió en todos los campos del saber, la guerra civil marcó de manera indeleble el curso de los estudios americanistas en España. A fines de 1939, si no antes, se vio obligado a exiliarse un buen número de muy ilustres historiadores y —entre ellos— el primer e indiscutible americanista, el que por añadidura más atención había prestado a los problemas de la Hispanoamérica de la época, en búsqueda de vías de acercamiento mutuo que no se perdieran en la fatua y consabida hojarasca verbal: R. Altamira († 1951). Hubo de emigrar también J. M.^a Ots Capdequí, quien había impulsado desde la cátedra hispalense, y con el respaldo económico del Instituto Hispano-Cubano, una labor de investigación en equipo en los riquísimos fondos del Archivo de Protocolos de Sevilla que, aunque mal planteada —los cortes debían de haber sido sincrónicos y exhaustivos—, no por ello era menos fecunda en resultados sensacionales. Además salieron y no de su grado otros muchos, como R. Iglesia y J. Malagón; e incluso dejaron España estudiosos ajenos al campo del americanismo que

SIGLAS UTILIZADAS:

AE: Anuario de Estudios Americanos.
AEAtl: Anuario de Estudios Atlánticos.
AH: Archivo Hispalense.
AIA: Archivo Iberoamericano.
AUH: Anales de la Universidad Hispalense.
BAE: Biblioteca de Autores Españoles.
BRAH: Boletín de la Real Academia de la Historia.
EA: Estudios Americanos.
HBA: Historiografía y Bibliografía Americanistas.
MC: Moneda y Crédito.
RI: Revista de Indias.
RGM: Revista General de Marina
RHN: Revista de Historia Naval.

en el destierro ultramarino acabaron interesándose, a impulsos de un patriotismo quijotesco, por los problemas de nuestra historia colonial: en primer lugar A. Castro, con su nuevo y genial planteamiento de la realidad histórica de España; después C. Sánchez Albornoz, al hacer su réplica desabrida al igual que imponente al libro de Castro; y último en la lista pero no en merecimientos A. Millares, sabio tan humilde como polifacético (1).

Tampoco fue halagüeño el destino de los que acá quedaron llevando el sambenito de haber pertenecido al bando de los vencidos o bajo sospecha de simpatías republicanas, pues la mayoría vio truncada de manera más o menos brusca su carrera universitaria. La fortuna sonrió a unos pocos, como A. Ferrari, discípulo de Capdequí y de Carande, que en los legajos del Archivo de Protocolos de Sevilla dejó una vez vibrante constancia de su afición a la República, ignoro en qué año. No fue éste el caso de E. Jos, que sobre la jornada de Orsúa y Lope de Aguirre había escrito un libro fundamental, de prosa a veces un tanto deslavazada y laberíntica. Cuando en 1941 se intentó celebrar a bombo y platillo el cuarto centenario de la expedición de Orellana, era la ocasión pintiparada para que se luciera Jos, que efectivamente publicó en la *Revista de Indias* una gavilla de artículos importantes y novedosos acerca de la exploración de la cuenca amazónica; sin embargo, de manera oficial sólo se llevó a cabo una reproducción del antiguo libro de J. T. Medina y Jos acabó jubilándose como catedrático de Enseñanza Media en Sevilla, cerca, eso sí, del Archivo de Indias.

Malos vientos, pues, corrían para el americanismo español allá por la década de los cuarenta, cuando unos vegetaban en el exilio y otros estaban «depurados» y relegados a la sombra. A tan tristes condicionantes se sumaba el hambre y la penuria; entre las melancólicas colas impuestas por las cartillas de racionamiento, pocas ganas quedaban de emprender una abstrusa averiguación sobre el pasado, cuando era el presente y la subsistencia diaria el problema más acuciante. Aun en los años posteriores, más benignos, ¿quién podía permitirse el lujo de investigar en los diferentes archivos españoles? ¿Quién que no fuese rico por su casa era capaz de costearse largas estancias de trabajo en Simancas, Barcelona, Madrid o Sevilla? Cada cual estudiaba lo que

(1) Hizo una historia de "La moderna ciencia americanista española (1938-1950)" M. Ballesteros en *RI* 9 (49) 579 ss.

tenía más a mano, que no por fuerza era lo más interesante ni lo mejor, secuela inevitable de la miseria.

Por desgracia, tampoco las circunstancias internacionales mostraban un cariz más risueño. La segunda guerra mundial impedía que los jóvenes españoles, una vez acabada su carrera, completaran su formación en el extranjero, como había sido la norma en los tiempos del Centro de Estudios Históricos, cuando no existía la absurda disociación que media hoy entre docencia universitaria e investigación oficial. Este corte con el mundo exterior supuso un ensimismamiento peligroso para las nuevas generaciones que, enquistadas y recocidas en su propia salsa, se vieron privadas de algo tan necesario como es el contraste de pareceres y el estímulo de la investigación foránea, pues no parece que los becarios pudieran acudir a los campos de batalla en busca de informes y consejos eruditos.

Acabada la atroz contienda, mientras el resto de Europa resañaba sus heridas, España continuó políticamente aislada a causa de la dictadura del general Franco. De nuevo los perdedores eran los licenciados recién salidos de la Universidad, que se acostumbraron a considerar el extranjero como un mundo inasequible y a veces hasta incomprensiblemente hostil. Primera consecuencia de todo ello fue que el americanismo de la España posbélica corrió el peligro de ser impermeable a las corrientes foráneas, dado que muy pocos de los estudiantes de entonces pudieron aprender otra lengua que no fuera la suya propia. Segunda consecuencia: cuando esos estudiantes se convirtieron en maestros, tuvieron que ignorar por fuerza la bibliografía escrita no ya en francés o alemán, sino en una lengua tan esencial para estos temas como el inglés. Tercera consecuencia: todo el esfuerzo se volcó en la historia colonial española, dando de lado la otra vertiente, la historia paralela de Inglaterra, Holanda o Francia, como si de compartimentos estancos se tratara y como si un Drake, p.e., fuera un personaje de otro mundo al que sólo cabía estudiar a través de la *Dragoneta*, publicada más de una vez entonces quizá por enfurruñada reacción anglófoba. Más sorprendente fue todavía el caso de Portugal, antaño tan unido y entonces —y hoy— tan distante, pues ni siquiera con el famoso pacto ibérico los dos dictadores pudieron acercar —si es que de veras era ésta su intención— a los intelectuales de la Península, que continuaron como en los viejos tiempos ocupándose los unos de las Indias de Portugal y los otros de las Indias de Castilla en triste y miope provincianismo, pues la historia de

Portugal es muchas veces historia de Castilla y viceversa. Cuarta consecuencia, que coleaba ya de antiguo: la triste y fatal ausencia de una biblioteca de primer orden dedicada a la historia de los descubrimientos y la colonización europea, pues todavía hoy adolece de grandes y penosas lagunas la biblioteca más cercana al ideal, la que se había empezado a formar en la Universidad de Sevilla con el apoyo de algunas generosas donaciones particulares —destaco por su importancia la de D. Angulo—, y que luego pasó a engrosar los fondos de la actual Escuela de Estudios Hispano Americanos, ya con otros recursos y otra financiación; pero es cosa sabida que en España no hay bibliotecas universitarias, ni buenas ni medianas, de suerte que no se le pueden pedir peras al olmo.

Es sombrío y poco alentador el panorama que he dibujado hasta ahora. Y, sin embargo, se anima más la situación cuando descendemos a ras del suelo y contemplamos los casos particulares. Desde esta perspectiva se aprecia en todo su valor el abnegado sacrificio personal que después de la guerra civil tuvo que realizar un historiador realmente notable, académico desde 1918: A. Ballesteros Beretta (1880-1949) (2). Ballesteros, hombre de erudición portentosa y no menos portentosa capacidad de trabajo, había escrito, como *Altamira*, una historia general de España y, muy interesado también por las vicisitudes ultramarinas y casado como estaba con una colombiana, había tenido a su cargo el curso de Doctorado de Historia de América en la entonces bien llamada Universidad Central; sin embargo, su campo específico de trabajo era la historia medieval y más en concreto el siglo XIII y el reinado de Alfonso X, mientras que su mujer, D.^a Mercedes Gaibrois, en perfecta compenetración conyugal y científica, completaba el arco de la investigación y publicaba en 1928 su magna obra en tres volúmenes sobre el vástago indómito del rey sabio, Sancho IV de Castilla. Muchas horas y muchos años se le habían ido a Ballesteros en recopilar pacientemente por todos los archivos de la Península documentos relativos a Alfonso X y ya cabía esperar la publicación de la biografía del monarca, que podía haber sido la réplica española del *Kaiser Friedrich der zweite* de E. Kantorowicz en el tiempo, pues en concepto y en amplitud de miras lo era ya *La España del Cid*, de R. Menéndez Pidal. No fue

(2) No conozco ninguna semblanza que le haga plena justicia. Entre sus necrológicas señalo la publicada por el duque de Alba en *BRA* 125 ('49) 161 ss. y la de C. Pérez Bustamante en *RI* 9 ('49) 471 ss. (*Miscelánea americanista*, Madrid, 1951, I, págs. 9 ss.). Hay una biografía anónima de Ballesteros en *RI* 11 ('15) 251 ss.

así; esta biografía —la obra de su vida— no llegó nunca a recibir la última mano y vio la luz póstumamente, porque antes Ballesteros, disciplinado, sintió el deber de organizar los *disiecta membra* del americanismo en España, tarea a la que consagró buena parte de sus energías en los últimos años de su vida. Ganamos, en definitiva, sus biografías de *Cristóbal Colón* (1945) y de *Juan de la Cosa* (1949) (3) y perdimos —en parte— su historia del reinado alfonsí. Es probable que hoy el medievalista proteste y se lamente del cambio efectuado, porque en verdad duele y mucho que la monumental biografía de Alfonso X, trunca por la muerte prematura, no saliera al fin y a la postre como hubiese merecido, debidamente anotada y provista de oportuno apéndice documental. Pero su *Cristóbal Colón* y su estudio sobre la *Génesis del Descubrimiento* (1947) enderezaron en un momento difícil la precaria situación del americanismo hispano, a pesar de que el académico, para escribirlo, no realizó la inmensa labor heurística que había llevado a cabo en sus estudios medievales. Este es el motivo de que en estas obras no sean de esperar nuevas aportaciones ni documentales ni críticas (4). A Ballesteros, educado en el positivismo estricto entonces imperante, no le gustaba enredarse en grandes problemas ni ideológicos ni teóricos; antes por el contrario, le complacía ir directamente al grano, procediendo al estudio exhaustivo de todas las fuentes disponibles, que después iba glosando pausada, amorosamente. Se trata de una historia que en cierto modo podríamos llamar textual, pues toda la recreación del pasado gira en torno al comentario de los pasajes aducidos, sin apenas levantar el vuelo para avizorar el panorama desde una perspectiva más amplia. Pero Ballesteros conocía su oficio a la perfección y dominaba de verdad la bibliografía española y extranjera; por esta razón el conjunto de su producción americanista constituye un ejemplo modélico quizá no de penetración, pero sí de erudición firme y segura.

El prestigio y la laboriosidad de Ballesteros consiguió lo que aún hoy parece un milagro: la formación de un equipo que redactó los compactos tomos de la *Historia de América y de los*

(3) Es muy notable la afición que sintió Ballesteros por el género biográfico, bien patente a lo largo de su producción. En el centenario de Hernán Cortés pidió “una cumplida biografía” del conquistador (*BRAH* 123 ('48) 33 ss.) que, como es natural, nunca llegó.

(4) Una sólo puede citarse: la publicación de una carta de Colón del 28 de diciembre de 1504, sustraída de la Academia de la Historia, en *RI* 10 ('49) 489 ss. (doc. LXXXI, págs. 348-49 VARELA), carta dirigida al parecer a un Juan Luis de Mayo que el académico propuso identificar con Juan Luis Fiesco.

pueblos americanos, que comenzaron a aparecer disciplinadamente en 1940, con la colaboración de firmas extranjeras tan prestigiosas como las de Jaime Cortesão o Jorge Basadre. El tono de la colección, como no podía menos, no se mantiene siempre a la misma altura y a nadie puede sorprender que algunos volúmenes sean más flojos de contenido, como el sexto, debido a A. Melón, quizá por ser uno de los de tema más difícil, dedicado como está a los viajes menores y la circunnavegación del mundo; pero nada parecido ni por asomo se ha vuelto a intentar hacer después en lengua española y ello ya dice mucho en favor de Ballesteros y de sus colaboradores, algunos de ellos grandes maestros: A. de Altolaquirre, C. Alcázar, L. Pericot, D. Angulo, nombres respetables para todos. Es lástima que no se perciba en estos tomos recios huella de investigación de archivo, lastre del que no habría de librarse por luengos años nuestro americanismo. Incluso un autor tan concienzudo y meticuloso como F. Esteve Barba, autor con el tiempo de una excelente *Historiografía indiana*, se limitó a describir el descubrimiento y conquista de Chile (1946) sobre crónica y obras modernas; pero ya queda dicho antes que los tiempos no daban para más.

La talla científica de A. Ballesteros y su giro más o menos inopinado hacia el americanismo hubo de abrumar un tanto con el peso de su autoridad a los historiadores más jóvenes, entre los que ocupaba un lugar prominente C. Pérez Bustamante (5). Antes de nuestra guerra Pérez Bustamante había escrito dos libros de investigación altamente prometedores, uno sobre Gondomar y Raleigh y otro sobre el virrey Mendoza, publicados ambos en Santiago en 1928. Después absorbió su interés el comienzo del siglo XVII, y así fue cómo en definitivas cuentas su gran obra vino a ser la historia de la España de Felipe III, aparecida también por desgracia después de su muerte (6). Con todo y con eso, Pérez-Bustamante nos dejó todavía un volumen dedicado a los dos primeros siglos de la Nueva España virreinal en la Historia dirigida por Ballesteros, y si con el tiempo fue decreciendo su actividad americanista (7), en ningún momento dejó de alentar

(5) Con motivo de su jubilación hizo de él una emotiva semblanza C. SECO en *RI* ('29) 11 ss.

(6) Madrid, 1979, con prólogo de C. SECO SERRANO, (*Historia de España* dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL).

(7) Así lo demuestra el hecho de que su artículo sobre el viaje de Ruy López de Villalobos publicado en *A viagem de Fernão de Malgães e a questão das Molucas* no haga sino repetir las páginas consagradas al tema en su monografía sobre Mendoza.

vocaciones y de encauzar nuevos estudios desde su cátedra de Madrid.

He aquí a los dos principales americanistas de los años cuarenta en el seno de la Universidad. Pero desde tiempo inmemorial la historia de la colonización había sido objeto de estudio y atención preferente por parte de dos estamentos más: los militares y los religiosos. Pues bien, la Marina española contaba a su vez por aquel entonces con un buen y prolífico investigador, el almirante J. Guillén Tato, que ya se había dado a conocer por sus excelentes estudios cartográficos y que incluso antes de su entrada en la Academia Española había mostrado notable interés por los problemas del léxico náutico, bien patente en su libro sobre *La parla marinera en el Diario del primer viaje de Cristóbal Colón* (Madrid, 1951). Por su parte la Iglesia, si no tenía ya a un sabio de la categoría del jesuita P. Pastells, que a decir verdad fue antes un asombroso recopilador de datos que un historiador verdadero, al menos podía presentar a quien había colaborado con él, al padre C. Bayle (1882-1953) (8), hombre de ameno ingenio y de feliz pluma.

El capricho de los vencedores había querido que un nuevo centro de planta y arquitectura fascista, el CSIC, coronado por los latinajos espléndidos y solemnes de P. Galindo, suplantara a la antigua Junta de Ampliación de Estudios, que fue desmantelada por completo. En Madrid, y ya con vistas a la investigación americanista, se fundó en 1940 el Instituto que se puso bajo la advocación de Gonzalo Fernández de Oviedo. En el mismo 1940 salió a la luz el primer tomo de la *Revista de Indias*, dirigida por A. Ballesteros y en cuyo comité de redacción figuraban —como no podía menos— C. Pérez Bustamante, C. Bayle, J. Guillén y un estudioso de las instituciones jurídicas indianas y discípulo predilecto de Altamira: J. Manzano. Era inevitable la exaltación de los antiguos laureles coloniales, y en la proclama programática del ministro, J. Ibáñez Martín, se expresaba tan explícita e inquebrantable adhesión al «genial» Caudillo como inexorable condena de los vencidos; a mayor abundamiento, y para rendir homenaje a la raza indomable de los conquistadores españoles, concurrían solícitas desde el otro lado del Atlántico plumas tan respetables como la de R. Porras Barrenechea, empeñado en demostrar con un brillante *jeu d'esprit* la falsedad de las acusaciones contra los

(8) Sobre el padre Bayle cf. la necrológica de F. MATEOS en *RI* 13 ('53) 193 ss.

españoles de Mancio Serra (1589), o la de C. Pereyra, elocuentísimo ensalzador del Guadalquivir como vía hacia América. Nacía, en suma, una revista muy a tenor de los tiempos que corrían, mas en modo alguno obtusa y cerril, que mantenía un muy digno nivel científico y que hasta era un dechado de mesura y sentido común si se piensa en la palabrería inacabable que entonces alcanzaba su paroxismo entonando loas a las virtudes inmarcesibles de la España heroica, la «madre patria» que henchía la boca adulatora a ciertos hispanoamericanos. Esto ocurría en la meseta.

Vayamos ahora a las claridades de Andalucía. En 1940 J. Manzano, recién obtenida su cátedra de Historia del Derecho, pasó a dirigir en Sevilla una filial del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», que tuvo efímera existencia. A partir de 1942, en efecto, año en que se incorporó al claustro hispalense V. Rodríguez Casado, los acontecimientos se precipitaron. El 10 de noviembre de 1942 se creó en Sevilla la Escuela de Estudios Hispano-americanos, dependiente no del CSIC, sino de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla; el 10 de febrero de 1943 fue fundado el Colegio Mayor «Casa de Santa María del Buen Aire» como residencia de los estudiantes de la Escuela; en agosto de 1943 dieron comienzo los cursos de verano de La Rábida (creada el 16 de diciembre de 1943), y en 1945, adscrita al CSIC la Escuela, empezó a funcionar en la Universidad hispalense la Sección de Historia de América, organismos todos ellos muy dominados ideológicamente en sus comienzos por el Opus Dei, sin duda con vistas a la propaganda misionera en Ultramar en un momento esplendoroso de la economía americana (9). Fueron sus corifeos V. Rodríguez Casado y F. Pérez Embid (10), vicepresidente y secretario respectivamente de la Escuela, este último uno de los miembros del Opus Dei mejor dotados y más provistos de luces intelectuales. Por esta razón no deja de ser una ironía del destino que, de las obras que editó la Escuela en estos años de imperio y de control absoluto, sobresal-

(9) No existe, que yo sepa, una valoración seria y ponderada del influjo del Opus Dei en los estudios americanistas y de su proyección en la Universidad de Sevilla. La visión muy crítica de J. Ynfante (*La prodigiosa aventura del Opus Dei*. París, 1970, págs. 52-53) aporta no novedades, sino nombres, algunos de ellos equivocadamente, como el de M. Giménez Fernández o el de J. Manzano.

(10) Una semblanza de su figura se halla en el prólogo puesto por F. MORALES PADRÓN a una colección de artículos del difunto americanista sobre *Estudios de Historia marítima*, Sevilla, 1979.

gan hoy por méritos propios dos monografías compuestas por personas de la vieja generación no ligadas a la Obra: el estudio en torno al *Consejo real y supremo de las Indias en la administración colonial* de E. Schafer, y el *Bartolomé de Las Casas* de M. Giménez Fernández, las dos únicas reimpresas hace poco y, no sin vergüenza para nuestras instituciones, por iniciativa ajena. Más tampoco cabe olvidar que desde 1944 la Escuela comenzó la publicación del *Anuario de Estudios Americanos* que, como la *Revista de Indias*, supo evitar los excesos y delirios patrióticos, adoptando desde el principio una digna postura científica. Y es más: en el primer tomo se dio acogida a un artículo de M. Giménez Fernández en el que, como siempre el eruditísimo lascasista transplantaba la experiencia propia al pasado, pintando al rey Católico con tintas muy negras y convirtiéndolo en un repugnante dechado de vicios políticos bajo cuyo perfil hasta el más necio e ingenuo reconocía de inmediato la figura del general Franco; excusado es decir que por ésta y otras razones del artículo de marras provocó las iras jupiterinas del nacionalcatolicismo, que dejó oír sin tardanza su voz escandalizada y hasta amenazadora.

Finalizados estos prolegómenos, prolijos pero imprescindibles para la comprensión del curso de la investigación, es hora de pasar revista a los progresos realizados en nuestro país durante los últimos decenios tocantes a la historia de los descubrimientos. A fin de deslindar campos en otro caso inabarcables, nuestro examen va a analizar sólo la investigación realizada en torno a los descubrimientos emprendidos por una vía de exploración muy concreta —el mar— y en un tiempo reducido, durante los dos primeros siglos. Pero aún así, y por desgracia, esta reseña ha de quedar a la fuerza incompleta, y ello no sólo por la cortedad de mi ingenio, sino porque tiene que soslayar en buena parte el trabajo llevado a cabo por nuestros exiliados. Claro es que tampoco puede aspirar a la enumeración exhaustiva, y eso que las escuelas de Madrid y de Sevilla cuentan con excelentes repertorios bibliográficos; remito de una vez por todas a una obra tan cuidada como la de A. Calderón Quijano (11), a completar con el índice del *Anuario* publicado por J. Hernández Palomo en *AEA* 42 ('85) 573 ss., y a los correspondientes apartados de la *Revista de Indias* y de la *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, el

(11) *Americanismo en Sevilla, 1900-1980*. Sevilla, 1987.

primero preparado ahora por Sylvia L. Hilton bajo el nombre genérico *El Americanismo en España*. Sólo entran en consideración aquí y ahora los estudios tenidos por fundamentales y las aportaciones de primera mano, prescindiendo tanto de las frivolidades de los historiadores a la violeta, aptas sólo para diversión de saraos, como de las barrabasadas de algunos laureados piratas, que los hay y de tal calibre que ante su audacia e insolencia palidecería el mismísimo Morgan. De su botín, por rico que sea, no es decoroso hablar y mucho menos en un artículo científico. *Caueant consules ne quid res publica litteraria detrimenti capiat!*

Tampoco procede enumerar ni mucho menos valorar todas las obras de carácter general que han visto la luz sobre América. A nuestro efecto basta y sobra con destacar la singular *Historia del descubrimiento y conquista de América* de F. Morales Padrón, los sugestivos e inteligentes volúmenes de M. Hernández Sánchez Barba (*Historia general de América*) y los artículos biográficos, por lo general excelentes, redactados por R. Ezquerro para el *Diccionario de Historia de España* publicado por la Revista de Occidente. Una cuidada edición de *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI* (Madrid, 1986) se debe a M. del Vas Mingo.

I. CRISTÓBAL COLÓN

1. OBRAS GENERALES

Como obra de consulta no ha sido superada la biografía de A. Ballesteros (12), aunque en brillantez, finura y penetración psicológica no puede competir con la *Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón* de S. de Madariaga (13), escrita según la moda del psicologismo entonces dominante (que cultivaban A. Maurois, S. Zweig, etc.) y cuyo mayor defecto estriba quizás en

(12) Para apreciar la valía de Ballesteros basta comparar su moderación con el tono épico que campea en otras obras contemporáneas como *La gran siembra de España*, de Cristóbal REAL (Madrid, 1944). Como en todo, las opiniones de Menéndez Pelayo acerca del primer almirante merecen atención; recogió sus ideas J. A. CALDERÓN QUIJANO en "Colón, sus cronistas e historiadores en Menéndez Pelayo", *AUH* 17 ('56) 5 ss.

(13) Sobre "Madariaga, biógrafo de Colón" escribió C. VARELA en el volumen colectivo *Salvador de Madariaga*, La Coruña, 1987, págs. 171 ss.

la excesiva obsesión que muestra el gran polígrafo por equiparar al almirante con D. Quijote, sin duda para resaltar su pretendida ascendencia sefardí (14). También R. Iglesia (15) escribió bellas páginas sobre la intrincada personalidad del navegante genovés. El cetro del colombinismo, que al parecer no admite más que a americanistas de vocación, ha pasado en la actualidad a J. Manzano, de cuyos libros fundamentales se hará reseña en el lugar oportuno. Los diarios, cartas y documentos han sido editados con todo rigor por C. Varela (16), incorporando los nuevos hallazgos (17) y trabajando siempre sobre los originales; al hilo de esta recopilación crítica propuse entonces una serie de conjeturas, algunas de las cuales —en concreto dos correcciones al texto de la Carta desde Jamaica (*gisola y colla*)— han recibido hace poco comprobación documental. Una especie de volumen complementario de los Textos forman las *Cartas particulares a Colón y relaciones coetáneas*, publicadas por J. Gil y C. Varela (Madrid 1984). Ultimamente C. Varela ha valorado de forma crítica las «Recientes ediciones de documentos colombinos fundamentales» (18). Un facsímil de los Diarios del primero y del tercer viajes publicó C. Sanz (Madrid, 1962), que asimismo estudió con asiduidad e hizo reproducciones de la carta impresa anunciando el descubrimiento (19). La editorial Testimonio ha preparado con

(14) Hace una crítica severa en exceso de la obra de Madariaga y califica sus argumentos “fantastic” S. E. Morison (*The European Discovery of America. The Southern Voyages. A.D. 1492-1616*. Nueva York, 1974), muy dolido de que el español lo considerara antes “yachtsman” que “scholar”; pero la verdad es que el excelente historiador y marino que era el estadounidense podía haber profundizado más en el estudio de los documentos originales, que lo habrían librado de más de un error (sobre todo en la relación del tercer viaje). No se puede hablar de Colón sin mencionar la laboriosa obra de S. CONTI, *Un secolo di Bibliografia Colombiana. 1880-1985*, Génova, 1986, salvando algunos reparos que le formulé en HBA 30 ('86) 173-174.

(15) *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944, pág. 67 ss. (el ensayo se publicó por vez primera en 1930, en la *Revista de Occidente*).

(16) *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid, 1982, 1984; reimpresión 1989. Parece justo recordar aquí la edición del *Diario del descubrimiento* hecha por Manuel ALVAR (Gran Canaria, 1976, dos vols.).

(17) De los que hay que excluir, por razones obvias, *Un escrito desconocido de Cristóbal Colón: el memorial de la Mejorada*, publicado por A. RUMEU DE ARMAS (Madrid, 1972); cf. J. MANZANO, *Colón y su secreto*, Madrid 1976, págs. 677 ss., nota 11.

(18) *Atti del IV Convegno internazionale di studi colombiani*, Genova, 1987, págs. 119 ss.

(19) “La carta de Colón anunciando el descubrimiento de América”, BRAH 139 ('56) 473 ss.; *Bibliografía general de la carta de Colón*, Madrid, 1958; *El gran secreto de la Carta de Colón (crítica histórica) y otras adiciones a la Bibliotheca Americana Vetustissima*, Madrid, 1959.

aceptable acribía facsímiles de los autógrafos que se guardan tanto en la Biblioteca Colombina como en el Archivo de Liria. R. Ezquerro ha pasado una útil revista a «Medio siglo de estudios colombinos» en *AEA* 28 ('81) 1 ss., haciendo asimismo una admirable síntesis crítica de «Las principales colecciones documentales colombinas» en *RI* 48 ('88) 661 ss. Por fin, la proximidad del Quinto Centenario ha dado origen a la aparición de numerosos librillos y folletos sobre el genovés, más destinados al consumo que a la instrucción del gran público. Es notorio, en efecto, que al calor del aniversario se está produciendo una proliferación editorial legítima sin duda, aunque excesiva y aun inútil por cuanto la mayoría de estas publicaciones están destinadas a ser verdura de las eras. Pero no todo se cifra en el interés comercial y el lucro de unas pocas empresas; más importante, y sería absurdo no reconocerlo así, es la manifiesta carga política que tiene la conmemoración, pues a nadie se le oculta que los fastos del pretérito sirven hoy de inmejorable excusa a los países europeos y americanos para apoyar su propaganda, justificar su política exterior y potenciar su economía en el mercado internacional; la imagen de la historia que vende cada uno, en consecuencia, responde a ambiciones presentes y con frecuencia no se ajusta ni poco ni mucho a las realidades pasadas. Conviene tener en cuenta esta circunstancia a la hora de calibrar la bibliografía existente en torno a ciertos capítulos de la historia colonial americana, y muy especialmente el primero. Las bazas políticas son aquí muy claras, pues tocan fibras muy sensibles y no sólo de europeos o hispanoamericanos; que no hay que olvidar que en un principio hubo quien pensó en dar a los actuales Estados Unidos el nombre de Columbia, que luego se reservó a un estado de la Unión; que la historiografía romántica hizo de Colón un héroe de la libertad en todo el ámbito de habla anglosajona; y que en el país donde se celebra el Columbus-day el español es hoy por hoy la lengua del proletariado.

2. ORIGEN

La improvisación pseudo-histórica y los orgullos provincianos siguen alentando pretensiones imposibles. Hay quien piensa aún

hoy que Colón era catalán (20), mallorquín (21), gallego (22), castellano (y más en concreto alcarreño) (23), portugués y hasta griego, y en vez de contentarse con profesar en silencio su particular creencia va y la pone por escrito, provocando todo ello una no menos provinciana exaltación del genovesismo del almirante por parte de determinados círculos italianos, que atribuyen raíces lígures a todas las manifestaciones de nuestro personaje, movidos en parte también por las razones políticas a que se aludió arriba; así llegamos desde la frenética proclama de *Colombo è tutto nostro* a una exaltación más moderada e inteligente de *Colombo il genoese*, que olvida, no obstante, que se sabe infinitamente más del españolizado Colón —y Colón firmaron sus hijos— que del italiano Colombo y de su familia. Ignoro las razones que movieron a un historiador tan serio y concienzudo

(20) Que Colón nació en la isla de Génova enfrente de Tortosa, desaparecida en la actualidad, fue la tesis defendida en un libro por lo demás muy erudito de E. BAYERRI BERTOMEU, *Colón tal cual fue*, Barcelona, 1961, págs. 629 ss. Efectivamente, en documentos de 1316 aparecen personas con apellido Colom; pero ello nada prueba. Desde mi punto de vista es notable que, entre los muchos vecinos así apellidados, aparezca en el f. 122 r del libre de Reebudes, anterior a 1316, un "Colom jueu" (fotografía entre págs. 640-41). Por Barcelona se inclina P. CATALÁ I ROCA, trayendo a colación asimismo una familia barcelonesa de ese apellido (*Quatre germans Colom, el 1492*, Barcelona, 1978 (son Gullem-Joan, Francesc-Joan, Joan y Lluís) y *Entorn de Cristófor Colom*, Barcelona, 1978) y volviendo por tanto a las hipótesis de L. Ulloa.

(21) Cf. R. LLANAS DE NIUBÓ, *El enigma de Cristóbal Colón*, Barcelona, 1964 (y 1967); J. SUAU ALABERN, *La tesis mallorquina de Cristóbal Colón*, Palma de Mallorca, 1967; L. SCHOCH Y PEREIRA DE CASTRO, *¡Descubrir al descubridor!*, Madrid, 1971 (quien en pág. 81 ss. nos descubre que América es el "vocablo indígena 'Americ', que es el que empleaban entonces los indios aborígenes para denominar algunas de sus tierras en el Caribe"); C. VERD MARTORELL, *Recopilación del enigma de Don Cristóbal Colón*, Palma de Mallorca, 1984 y *Cristóbal Colón y la revelación del enigma*, Palma de Mallorca, 1986. Se parte siempre de que Colón era hijo del príncipe de Viana y se da crédito a una carta apócrifa de Juan Borromeo a Pedro Martir.

(22) Así M. GAYA (*El mito de Cristóbal Colón (14..?-1506)*, Zaragoza, 1957, págs. 55 ss., quien supone que el futuro almirante suplantó la personalidad del verdadero Cristóbal Colón, muerto el 13 de agosto de 1476); FERMART asimismo se inclina por el origen español (y en concreto gallego) del almirante (*El enigma de Colón*, Granada, 1962, págs. 163 ss.). Es notable que en 1982 se reimprimiera el folleto *La verdadera cuna de Cristóbal Colón*, Nueva York, 1911, del Dr. Constantino DE HORTA Y PARDO, que arranca con un grito jubiloso: "¡¡Colón, nació en Galicia!!". Ultimamente ha mantenido la tesis pontevedresa en un voluminoso libro J. R. FONTÁN GONZÁLEZ, *Don Cristóbal Colón, súbdito de D.^a Isabel de Castilla y gallego de nación*, Vigo, 1985.

(23) R. SANZ, E. CUENCA, y M. DEL OLMO, *Nacimiento y vida del noble castellano Cristóbal Colón*, Guadalajara, 1980; R. SANZ, *Cristóbal Colón, alcarreño o América la bien llamada*, Torrejón de Ardoz, 1986. La idea es que Colón era hermano bastardo del duque de Medinaceli, hijo de Aldonza de Mendoza, las letras iniciales de cuyo nombre serían nada menos que las de América. ¡Ahí queda eso!

do como A. Domínguez Ortiz (24) a afirmar que la «relación entre el Colón descubridor y el cardador genovés Doménico Colombo no es del todo segura». En cualquier caso, han transcurrido muchos años desde que se señaló que en los pleitos colombinos los abogados de los Colones, sin ser refutados en este punto por el fiscal real, esgrimían como argumento fundamental en defensa de su derecho que a la hora de concertarse con los reyes, Colón no era natural de los reinos de Castilla y Aragón, insistiendo por tanto en el carácter contractual de la capitulación (25); reuní los textos latinos en 1986 (26). Hace ya algún tiempo traté de probar el judaísmo del almirante (27); intentó rebatir mis conclusiones A. Milhou (28), pero el descubrimiento de un nuevo texto viene a reforzar mi interpretación primera (29), basada en que a ningún cristiano se le puede ocurrir la idea de reedificar el Templo de Jerusalén, con cuya destrucción, considerada como merecido castigo de la perversidad judaica, tuvo precisamente cumplimiento una profecía del propio Jesús (Mateo, 24 1; cf. 24, 15). Quien quiera leer una interpretación cristiana del misticismo colombino y de sus sueños sobre la reconquista de Jerusalén (que no se han de confundir con la quimera de la reconstrucción del Templo), puede acudir a un artículo de P. de Leturia (30).

(24) *Los judeoconversos en España y América*, Madrid, 1988, pág. 125.

(25) Es bien conocida la polémica que mantienen los juristas actuales sobre si la capitulación santafesina fue un contrato o una merced. Esta última postura es la defendida por A. GARCÍA GALLO en "Los orígenes de la administración territorial de las Indias", *AHDE* 14 ('44) 19 ss., y en un principio por J. MANZANO, *Cristóbal Colón siete años decisivos*, págs. 281 ss., que rectificó posteriormente en *Colón y su secreto*, págs. 39 ss.

(26) *El libro de Marco Polo*, Madrid, 1986, págs. 159-60 (nota 24).

(27) "Colón y la Casa Santa", *HBA* 21 ('77) 125 ss., "Nuevo cielo y nueva tierra: exégesis de una idea colombina", *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, II, 1986, págs. 297 ss. Por cierto que C. PÉREZ BUSTAMANTE repudió una vez "la tesis judaica, reptante y sinuosa" en *RI* 9 ('49); a tantos años de perspectiva no se sabe a qué reptiles se refería.

(28) *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, 1983. Cf. mi reseña en *HBA* 27 ('83) 154-57 y asimismo R. EZQUERRA en *RI* 45 ('85) 300 ss.

(29) Cf. *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, págs. 206 ss.

(30) "Ideales político-religiosos de Colón en su carta institucional del 'Mayorazgo': 1498", *Studi colombiani*, Actas del *Convegno internazionale di studi colombiani*, Génova, 1952, 1952, II. págs. 249 ss.

3. ESTANCIA EN PORTUGAL

De esta época oscura de su vida se sabe muy poco. R. Menéndez Pidal (31) nos enseñó a valorar de manera debida la lengua del almirante, que hablaba el castellano con dejes tan característicos de la fonética portuguesa como decir *coerpo* o *deseu*. Precisamente el uso de *perligro* (y no del usual *perigo*) fue una de las varias razones que me indujeron a reputar falso el mapa de la Española conservado en Liria (32). El léxico y las metáforas empleadas en el *Diario del primer viaje* me sirvieron además para mostrar cómo el almirante proyectó en las Indias su experiencia lusa (33). También a tradición portuguesa he achacado parte de los mitos buscados por Colón en las Indias (34). Por su parte, A. Rumeu de Armas (35) buscó una improbable alusión a Colón en un libramiento de 30 doblas hecho por el tesorero Pedro Díaz de Toledo hacia 1487 a un portugués, cuyo nombre se deja en blanco. Su familia —los Moniz— continúa envuelta en tinieblas, aunque no pequeña luz ha recibido la importante figura de su cuñada Briolanja Moniz, afincada muy prontamente en Sevilla, al haber sido estudiada sobre documentación nueva por C. Varela en el *Homenaje a la memoria de A. Boscolo*, en prensa. Los españoles apenas han prestado atención al entorno peninsular, así que en torno a los viajes paralelos del reino vecino se ha tenido que reimprimir no ha mucho el interesante estudio de J. Cortesão y A. Teixeira da Mota, *El viaje de Diego de Teive. Colón y los portugueses*, Valladolid, 1975.

4. CRISTÓBAL COLÓN. SIETE AÑOS DECISIVOS

Así se llama una obra maestra de J. Manzano (Madrid 1964) (36), consagrada a historiar las andanzas de Colón por

(31) *La lengua de Cristóbal Colón*, Buenos Aires-México, 1944² (impreso por vez primera en 1940).

(32) *Apud* C. VARELA, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos* 2, págs. LXIV ss.

(33) *Apud* C. VARELA, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos* 2, págs. XXXVI ss.

(34) *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989.

(35) El "portugués" *Cristóbal Colón en Castilla*, Madrid 1982; cf. C. VARELA *HBA* 27 ('83) 156-157.

(36) Cf. la recensión de R. EZQUERRA en *RI* 36.

Castilla desde 1485 hasta 1492, siguiendo los pasos del navegante sobre el itinerario regio. La relación del almirante con el monasterio de La Rábida ha motivado numerosos artículos y estudios, entre los que conviene destacar uno del propio Manzano dedicado al padre Marchena (37) y otro de A. Rumeu de Armas (38) en el que intenta distinguir, aparte de Juan Pérez y Antonio de Marchena, otro fraile más innominado en las fuentes que también habría prestado apoyo al proyecto de llegar a la India por el Poniente. Un artículo mío (39) intenta valorar en su conjunto la relación de Colón con la Orden franciscana, que tanto peso tuvo en su destitución en 1500, como demuestran entre otras cosas las famosas cartas de los franciscanos a Cisneros, publicadas recientemente sobre los originales por J. Meseguer (40).

Tampoco sabemos cuándo entró el almirante en relación con la Cartuja de las Cuevas. A la compleja y escurridiza figura de fray Gaspar Gorricio ha consagrado un novedoso artículo C. Varela (41). La misma autora ha estudiado asimismo en un libro de gran relevancia el entorno florentino de Colón (42), importantísimo en su influjo, según demuestra con profusión de datos y sirviéndose de multitud de documentos inéditos que ilustran la personalidad mercantil y humana de Juanoto Berardi, Amerigo Vaspuche, Juan de Bardi, Simón Verde y Piero Rondinelli, figuras algunas de ellas muy desdibujadas y que ahora cobran especial relieve; se ve, en efecto, cómo son florentinos los hombres en quienes confía el almirante, y cómo los diversos factores que se van turnando al frente de los negocios de los Médici no sólo se quedan ya a vivir permanentemente en Sevilla a partir de 1485, sino que legan la gestión de sus propios asuntos a sus sucesores. Ponderaré la relación de Colón con la marquesa de Moya y el valor historiográfico de un poema atribuido a Alvar Gómez de Ciudad Real, poemilla en hexámetros latinos que yo considero en realidad escrito en el siglo XVII por F. Pinel en «La épica quiñentista y el descubrimiento de América», *AEA* 40 ('83) 203 ss. Los coqueteos de Beatriz de Bobadilla con Colón han sido

(37) "Fray Antonio de Marchena, principal depositario del secreto colombino", *Andalucía y América*, Sevilla, 1984, págs. 541 ss.

(38) *La Rábida y el descubrimiento de América*, Madrid, 1968.

(39) "Los franciscanos y Colón", *Actas del I Congreso Internacional sobre los franciscanos y el Nuevo Mundo*, Madrid, 1987, págs. 79 ss.

(40) "El arzobispo Cisneros y la Iglesia misionera en América (1500-1512)", *AIA* 45 ('85) 451 ss.

(41) "Fray Gaspar Gorricio, monje cartujo al servicio de la familia Colón", *Historia de la Cartuja de Sevilla*, Sevilla, 1989, pág. 111 ss.

(42) *Colón y los florentinos*, Madrid, 1988.

objeto de estudio por parte de A. Rumeu de Armas, «Cristóbal Colón y doña Beatriz de Bobadilla en las antevísperas del descubrimiento», *MC* 21 ('60) 255 ss. y «Los amoríos de doña Beatriz de Bobadilla», *AEAtl* 1985 413 ss. (para su relación con Colón me permito remitir a A. Cioranescu, *Beatriz de Bobadilla*, Santa Cruz de Tenerife, 1989, págs. 125 ss.). Sobre la ciencia colombina algo se ha escrito, pero no mucho. Estudiando «La Geografía astronómica y Colón» en *RI* 4 ('43) 93 ss. S. García Franco llegó a la conclusión de que Colón, al duplicar las cifras verdaderas al comunicar la latitud de la Española, no hizo sino tomar medidas cautelares ante la posible intrusión de españoles y extranjeros; el mismo erudito dio una contestación afirmativa a la pregunta «Sobre un portulano de 1500. ¿Lo dibujó Colón?», *RGM* 158 ('60) 27 ss., haciendo observar que en el mapa aparece la medida de 14 1/6 leguas en el grado ecuatorial, la aceptada asimismo por el navegante. A. Gámiz, analizando una «Posible evolución del pensamiento geográfico colombino (1499-1506)», *RI* 20 ('60) 31 ss., se inclinó a aceptar que al final de su vida el almirante hubiese tenido conciencia, o al menos duda razonable, de haber descubierto un nuevo continente. En torno a los «Conocimientos técnicos y científicos del descubridor del Nuevo Mundo» ha escrito R. Contreras en *RI* 39 ('79) 89 ss., aduciendo al testimonio de las apostillas. C. Solís Santos («Cristóbal Colón y el saber de los árabes», *Arbor* 123, nº 482 ('86) 93 ss.) ha recordado el valor exacto del grado de meridiano de Alfragano (=122,4 Km., un 10 % más de lo real), poniendo de relieve la escasa preparación cosmográfica del almirante y negándole el mérito del descubrimiento, que otorga como O'Gorman a Vespuche, a mi juicio con poca razón.

5. EL PREDESCUBRIMIENTO

Una serie de historiadores españoles —y el gran Vignaud— ha defendido la tesis de que un piloto —llamado Alonso Sánchez de Huelva por el Inca Garcilaso— fue el primero en dar a Colón los datos necesarios para llegar a América, basándose en el testimonio de no pocos cronistas de Indias (Gonzalo Fernández de Oviedo, Gómara y el propio Las Casas entre otros más tardíos); ninguno, sin embargo, ha sabido darle una formulación tan clara, diáfana y atractiva como J. Manzano, que ha dedicado a la

defensa de esta teoría un grueso volumen (43) escrito en prosa jugosísima. Aparte de la larga tradición historiográfica y de las tradiciones indígenas acerca de la llegada de hombres blancos, Manzano hace valer en favor de su idea el peso de la propia cancillería coetánea: el mismísimo texto de las capitulaciones se refiere a las mercedes otorgadas «en alguna satisfacción de lo que ha descubierto» Colón, no de lo que «ha de descubrir» (como corrige en su transcripción Las Casas) (44); y la confirmación hecha el 28 de mayo de 1493 del privilegio anterior habla «de las dichas islas e tierra firme que habeis fallado e descubierto», cuando Colón hasta entonces sólo había encontrado islas. Es, en suma, el conocimiento previo de la existencia de las Indias, expuesto «en paridad» de confesión a Fray Antonio de Marchena, la baza suprema que habría jugado Colón en la Corte, apoyado *in extremis* por el propio fraile franciscano. Y en abono de esta teoría aduce Manzano la decidida actitud del almirante en su regreso de 1493, poniendo sin titubeos rumbo al N. E., en contraste con la derrota seguida en 1496, cuando intentó volver, en vano, por el camino ida: el tornaviaje, que costó tantas vidas humanas en la conquista de Filipinas, nunca planteó problemas en este caso concreto contra cuanto hubiese sido de esperar. Pero volvamos a la explicación que da Manzano al proyecto colombino, madurado al calor de las noticias proporcionadas por el protonauta y de las informaciones contenidas en la carta de Toscanelli: en la carta a Santángel (y en el Diario: 28 oct. y 6 en.) el almirante distingue, según nuestro máximo colombinista, el Cipango (i.e., La Española) y una «tierra firme de acá» —la costa septentrional de América, descubierta por el protonauta, a 750 leguas de distancia de las Canarias— y «una tierra firme de allá» —el Catay—, situada siguiendo a Toscanelli a 375 leguas al occidente del Cipango-Española. Esta última interpretación ha sido criticada con buenas razones por M. Mahn-Lot (45): la tierra «de

(43) *Colón y su secreto*, Madrid, 1976. Cf. la reseña de R. Ezquerro en *RI* 37 (77) 341 ss.

(44) Este es también el argumento fundamental de M. GAYA (*El mito de Cristóbal Colón (14..?-1506)*, Zaragoza, 1957, págs. 83 ss.) y de FERMART (no se quien se esconde bajo el anagrama), *El enigma de Colón*, Granada, 1962, págs. 79 ss., quien supone (siguiendo a Ulloa) que Colón había estado ya en América cuando firmó las capitulaciones de 1492 (de ahí todos los enigmas sobre su juventud, etc.). El Ministerio de Educación y Ciencia publicó en facsímil las *Capitulaciones del almirante Don Cristóbal Colón y salvoconductos para el descubrimiento del Nuevo Mundo*, 1970. Cf. asimismo A. MUÑOZ OREJÓN, "El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporáneas", *AEA* 7 (50) 512 ss.

(45) "Christophe Colomb: un découvreur ou un simple explorateur", *Les cultures ibériques en devenir, Hommage a Marcel Bataillon*, Paris 1979, págs. 467 ss.

acá» se puede referir sin grandes dificultades a Europa. Puede haber puntos discutibles en el libro de Manzano, como es inevitable en toda labor humana; pero en conjunto no sólo es fundamental para la comprensión del primer viaje, sino que da interpretaciones muy sugerentes de las tres últimas navegaciones y de los objetivos que perseguía en cada una de ellas el almirante. Se trata, en definitiva, de una obra de lectura obligada para todos los estudiosos de Colón, estén o no de acuerdo con la tesis en él mantenida: tal es la riqueza de sus datos y la agudeza de sus razonamientos. Una nueva y muy arriesgada formulación de esta teoría ha propuesto hace poco J. Pérez de Tudela, *Mirabilis in altis*, Madrid 1983.

6. EL PRIMER VIAJE

Sobre la financiación de la armada tornó a publicar los documentos pertinentes M. Andrés (46), la lista de tripulantes, confeccionada por la benemérita A. B. Gould (1868-1953) (47), fue completada por fin por J. de la Peña y Cámara; la Academia de la Historia de Madrid ha tenido el acierto de publicar recientemente un volumen reuniendo todos los artículos de la doctísima investigadora dedicados a estudiar la marinería del primer viaje (48). A esta lista añadí un nombre más, el del negro Juan Portugués, que tuve la suerte de encontrar en una probanza inédita de los pleitos colombinos (49). Sobre el motín de los vizcaínos del 6 de octubre y el motín general del 10, tan aireado por el fiscal regio para resaltar el protagonismo de los Pinzones, escribió un excelente estudio J. Manzano (50); pero la historia parece que surgió o fue recordada a raíz de las probanzas del fiscal hechas en los

(46) *El dinero de los Reyes Católicos para el descubrimiento de América, financiado por la diócesis de Badajoz*, Madrid, 1987. Recordó Andrés que la suma de 1.140.000 mrs., la parte alícuota que les correspondía en la armada, avanzada en préstamo por Santángel, la sufragaron los monarcas el 5 de mayo de 1492 con limosnas de la bula de cruzada de la diócesis de Badajoz. Precisamente este libramiento había sido recordado por E. Jos para demostrar en 1935, contra Carbia y Vignaud, la intención que tenía Colón de dirigirse a las Indias (cf. J. MANZANO *Colón y su secreto*, págs. 160 y nota 8.).

(47) Le dedicó un emocionado recuerdo M. BALLESTEROS en *RI* 13 ('53) 455 ss. Cf. sobre todo R. CARANDE, *Galería de raros*, Madrid, 1982, págs. 173 ss.

(48) *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492*, Madrid, 1984.

(49) "Tres notas colombinas" *HBA* 28 ('4) 80 ss.

(50) *Los motines en el primer viaje colombino*, *RI* 30 ('70) 431 ss. cf. *Colón y su secreto*, págs. 275 ss.

pleitos en 1514, pues hay que tener en cuenta que en la primera versión de las *Décades*, publicada en 1511, Pedro Mártir no tenía todavía noticias acerca de la posible rebelión (51). Creo haber demostrado asimismo que el descubrimiento, según afirman con-testes todas las fuentes del Quinientos, se realizó el día 11 de octubre por la mañana, y no el 12, como ahora se sostiene normalmente (52). «Las relaciones entre Colón y Martín Alonso Pinzón» fueron estudiadas sobre el testimonio de los pleitos por F. Morales Padrón en *RI* 21 ('61) 95 ss. Mucho revuelo propagandístico armó hace pocos años la tesis, mantenida por L. Marden y J. Judge en una prestigiosa revista de divulgación, el *National Geographic* (53), un tanto escorado en los últimos tiempos a la *chronique scandaleuse* (recuérdese el escarnio inferido a la memoria de Parry en su centenario), de que la isla de la arribada fuera Samaná y no la actual San Salvador; la hipótesis, desde luego no nueva (fue sostenida por G. F. Fox en 1882) pero avalada por el peso enorme del dolar y prestigiada ante los papanatas por el uso del ordenador, choca con dificultades insalvables —como la distinción que hacen todos los mapas antiguos entre Samaná y Guanahaní, la absurdidad del derrotero propuesto hasta llegar a Cuba, etc.— que han sido puestas de relieve entre otros por R. Cerezo (54) y R. Barreiro (55), este último ya había expuesto en 1968 los argumentos que favorecen la identificación de San Salvador con Watling, a raíz de una expedición a las Bahamas organizada por el Patronato Doce de Octubre (56). Al llegar a las tierras nuevas, Colón creyó encontrar en ellas una serie de portentos, lógicos desde el punto de vista de un hombre que creía haber saltado en tierra de la India; a ellos está consa-

(51) Cf. J. GIL en J. GIL-C. VARELA, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, 1984, págs. 29-30.

(52) Apud C. VARELA, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, pág. XIX. Sobre la posible razón que tuvo Las Casas para evitar la fecha (la carga maligna del número 11) hablé en "Tres notas colombinas", *HBA* 28 (1984) 73 ss.

(53) vol. 170, nº 5, noviembre de 1986 (*Our Search for the True Columbus Landfall*, by Joseph Judge, Senior Associate Editor), y *A Columbus Casebook. A Supplement to "Where Columbus found the New World"*, nov. 1986.

(54) "La derrota del primer viaje de Colón", *RHN* 5 ('87) 5 ss., con muy útiles observaciones sobre la náutica en el Diario de Colón, y concluyendo que "los rumbos y distancias contenidos en el Diario... no cumplen las condiciones de exactitud que es menester para determinar con precisión el lugar de llegada de Colón a la primera isla descubierta".

(55) "La isla del descubrimiento: San Salvador ¿Guanahaní o Samaná?", *RHN* 5 ('87) 15 ss.

(56) "Guanahaní", *RGM* 171 ('66) 587 ss.; "Más sobre Guanahaní", *RGM* 172 ('67) 569 ss.

grado el primer volumen de una trilogía en la que paso revista a los *Mitos y utopías del Descubrimiento* (Madrid, 1989).

Sobre las naves del primer viaje colombino han aparecido diversos estudios, no siempre concordantes. Así, p. e., las conclusiones de J. M.^a Martínez Hidalgo (*Las naves de Colón*, Barcelona, 1969) son de cuando en cuando criticadas por C. Etayo (*Naos y carabelas de los descubrimientos y las naves de Colón*, Pamplona, 1917), que piensa que la «Niña» del segundo viaje no es la misma que la que fue en 1492 (RGM 179 ('70) 383 ss). Problemas muy específicos plantea el Diario del primer viaje y su transmisión manuscrita. Hizo una apología de su valor histórico E. Jos (57) que ponderó «El libro del primer viaje. Algunas ediciones recientes» en RI 10 ('50) 719, refiriéndose en concreto a las de C. Jane, G. Marañón y J. Guillén (58); cf. asimismo A. Rumeu de Armas, «El 'Diario de a bordo' de Cristóbal Colón. El problema de la paternidad del extracto», RI 36 ('76) 7 ss. Recientemente C. Varela ha estudiado el proceder de Las Casas como copista en su Introducción al tomo XIV de las *Obras completas* del dominico (Madrid, 1989, pág. 29 ss.) y en «Observaciones para una edición crítica de los Diarios del primero y el tercer viaje colombinos», *Colombeis*, 3 ('88) 7 ss.; es importante su conclusión de que han de ser aceptadas en el texto las apostillas escritas en el margen externo, así como la advertencia relativa a las tachaduras que demuestran confusión entre los verbos 'entrar', 'partir' y 'salir', mal utilizados sin duda por Colón. Sobre «Lope de Vega y el descubrimiento colombino» escribió J. Campos en RI 9 ('49) 731 ss.

7. EL REGRESO Y LOS PREPARATIVOS DEL SEGUNDO VIAJE

A historiar la estancia de «Colón en Barcelona» dedicó un artículo A. Rumeu de Armas en AEA 1 ('44) 431 ss. Es lástima que sobre el segundo viaje, importantísimo por todos los conceptos, carezcamos todavía de estudios fiables. Las fuentes disponibles son muchas, pero nos falta el legajo fundamental, el primer libro de armadas. El rol, elaborado por A. B. Gould, está deposi-

(57) "El Diario de Colón: su fundamental autenticidad", *Studi colombiani, Atti del Convegno internazionale di Studi colombiani*, Genova, 1952, II, págs. 77 ss., Cf. asimismo su artículo "El libro del primer viaje. Algunas ediciones recientes" en RI 10 ('50) 719 ss.

(58) Por cierto que Océano es nombre propio y no adjetivo, como cree Jos y con él muchos otros: se ha de decir por tanto 'el mar' y 'la mar Océano', y no 'declinar 'mar Océana', como hacen algunos.

tado en el Archivo de la Academia de la Historia matritense en espera de que un alma caritativa se atreva a darle la última mano. Sobre la derrota a lo largo de Puerto Rico han corrido ríos de tinta: por parte española, y a favor del viaje por la costa septentrional, cf. R. Barreiro, «Bojeo de Puerto Rico por Colón», *RGM* 176 ('69) 423 ss.: «La aguada de Colón en Puerto Rico». *RGM* 187 ('74) 453 ss. y «Sobre Ponce de León, Puerto Rico y México. Réplica a Aurelio Tió y puntualizaciones a Samuel E. Morison», *RGM* 189 ('75) 125 ss.

8. EL PRIMER ASENTAMIENTO Y LAS ARMAS A INDIAS

Ultimamente se están llevando a cabo excavaciones en La Isabela, la primer ciudad construida en el Nuevo Mundo, cuya corta existencia ha estudiado a la luz de fuentes nuevas C. Varela (59). Los problemas de la colonización fueron objeto de un análisis muy agudo por parte de J. Pérez de Tudela, que en un libro fundamental (60) señaló la diferencia que mediaba entre el asentamiento tal como lo concebía Colón, a la manera de una factoría portuguesa, y tal como lo entendían los castellanos, acostumbrados a colonizar la tierra de otra manera, aprendida en las luchas contra los moros. Sobre las causas de la pavorosa disminución de la población indígena se ha discutido largo y tendido. F. Guerra, llamando la atención sobre «La epidemia americana de influencia de 1493» en *RI* 45 ('85) 325 ss., llega a la conclusión atractiva, pero indemostrable, de que la causa principal de la mortandad de los taínos fuera la influenza suina o gripe de cerdo, llevada por los españoles en el primer intento colonizador de las Indias.

9. EL HALLAZGO DE LAS PERLAS. ¿VENEZUELA DESCUBIERTA EN 1494?

Otro sugestivo libro de J. Manzano (61) ha puesto sobre el tapete una cuestión apasionante: la posibilidad de que Colón en

(59) "La Isabela. Vida y ocaso de una ciudad efímera", *RI* 47 ('87) 733 ss.

(60) *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización*, Madrid, 1956. Es su tesis doctoral, publicada antes en varios artículos en *RI* 14-15 ('54-'55).

(61) *Colón descubrió América del Sur en 1494*, Caracas, 1972. Cf. *Colón y su secreto*, págs. 445 ss.

diciembre de 1493-febrero de 1494 hubiese enviado una flota a efectuar el reconocimiento de la costa del Oriente venezolano, y más en concreto de la isla de Cubagua, según se dice en la relación italiana de Trevisan. Después, una carta de Pedro Mártir de Angleria, fechada el 5 de octubre de 1496, recoge informes de otra navegación que se referiría entonces el primer viaje del almirante a Paria, llevado a cabo a fines de 1494; así parecen confirmarlo contradicciones de marinos (entre ellos Hernán Pérez Mateos) que, a lo largo de los pleitos, hacen declaraciones no ya divergentes, sino totalmente contrarias, puestas de relieve con suma habilidad e ingenio por Manzano. En cambio, no me parece tan claro el primero de sus apoyos, la decisiva en principio narración de Trevisan tocante a una navegación que habrían hecho desde La Española al golfo de las perlas cinco carabelas en un año no especificado, pero en un lapso de tiempo (28 set.-14 nov.) que no casa con las posibilidades cronológicas que se ofrecen (62). Puede quizá tratarse del periplo de las «cinco carabelas», como son llamadas en el segundo libro de armadas (la sexta se sumó en Sanlúcar de Barrameda), que se aprestaron de hecho para el tercer viaje y que, cumplida su misión, volvieron de consuno a Castilla trayendo las nuevas del descubrimiento de las perlas; y es de notar que la mención de estas cinco carabelas del tercer viaje hizo descarriar en nuestro siglo a un historiador tan ilustres como Morison.

10. TERCER VIAJE

Un hallazgo afortunado me permitió encajar con un memorial colombino un billete de la cancillería regia, redactado durante los aprestos de la tercera navegación (63). A. Muro Orejón dio a conocer «Un autógrafo de Cristóbal Colón acerca de la preparación del tercer viaje a las Indias» (64), conservado en el Archivo de Protocolos de Sevilla; se trata de un albalá firmado por el almirante y Jimeno de Briviesca, con fecha del 26 de abril de 1498, y un requerimiento presentado en nombre de Colón por Martín de Almonte a Bernardo de Grimaldo pidiéndole los 60.000

(62) A este problema aludí ya en mi nota en J. GIL-C. VARELA, *Cartas de particulares*, pág. 96, nº 147.

(63) «Los primeros memoriales de agravios colombinos», *HBA* 31 ('87) 3 ss.

(64) *Studi colombiani*, Actas del *Convegno internazionale di studi colombiani*, Genova, 1952, II, págs. 127 ss.

mrs. del albalá, así como la contestación del mercader genovés al mismo. Sobre la base segura de los datos que ofrece el segundo libro de armadas publiqué con un breve comentario el rol de las dos carabelas enviadas en febrero de 1498 a La Isabela, así como el de las cinco naves que partieron después con Colón en mayo del mismo año (65). R. Barreiro pasó revista a «Las naves del tercer viaje de Colón» en *RGM* 178 ('70) 147 ss., corrigiendo el error de Morison citado arriba con los datos ofrecidos por el P. Ortega en su historia de La Rábida.

11. LOS PRIVILEGIOS COLOMBINOS

Al reconocer el billete regio de 1497 volví a estudiar y publicar los primeros memoriales de agravios. El libro de los privilegios fue editado de nuevo, sobre el código que fue propiedad de los duques de Veragua, por la Academia de la Historia con un prólogo de C. Pérez Bustamante (66); su importancia radica en que el código de Veragua conserva la primera recopilación, reunida en 1498 antes del tercer viaje, mientras que las ediciones anteriores de los privilegios, incluida la de la *Raccolta*, se basan en un «libro» posterior, mandado hacer por el almirante en 1502.

12. LAS RENTAS DE CRISTÓBAL COLÓN

Sobre material en parte inédito, como el libro manual de Sancho de Matienzo o las cuentas de Cristóbal de Santa Clara, estudié las cantidades que percibió Cristóbal Colón por razón de lo capitulado con la Corona, correspondientes a su derecho al diezmo y a la ochava parte de las mercaderías (67). Del estudio se desprende la falsedad de la estampa romántica que presentaba a un Colón pobre y arruinado por la ingratitude regia, estampa que, como queda dicho, caló muy hondo en todos los países de habla inglesa. Importantes noticias sobre el primer descubrimiento se hallan en las *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica*, publicadas por A. de la Torre y E. A. de la Torre, 2 vols., Madrid, 1955-1956; p. e., gracias a ellas J. Manzano (*Colón y*

(65) "El rol del tercer viaje colombino", *HBA*, 29 ('85) 83 ss.

(66) *Libro de los privilegios del almirante Don Cristóbal Colón (1498)*, Madrid, 1951.

(67) "Las cuentas de Cristóbal Colón", *AEA* 41 ('84) 425 ss.

su secreto, pág. 142, nota) ha podido rescatar los nombres de los primeros enfermos por bubas: Zamora, repostero de camas de los reyes, y posiblemente también Pero Maza, Pero Navarro y Juan de Segura. El mismo A. de la Torre dio a conocer en *Hispania*, 17 ('69) 505 ss. una orden regia del 24 de mayo de 1504 por la que los monarcas mandaban a los recaudadores el pago a Colón de los 10.000 mrs. situado en las carnicerías de Córdoba, sin necesidad de que éste mostrara fe de vida, «por andar, como anda, en logares donde no puede ser avido para se tomar el dicho testimonio».

13. EL CUARTO VIAJE

El rol fue confeccionado por C. Varela sobre cédulas reales y los libramientos anotados en el libro manual del tesorero de la Casa de la Contratación Sancho de Matienzo (68). J. Pérez de Tudela (69) publicó dos importantes documentos del Archivo de Simancas relativos a la preparación de este último viaje, poniendo de relieve el papel desempeñado en su despacho por Juan Enero, que el 25 de noviembre de 1501 recibió en Ecija del tesorero Morales muy importantes instrucciones al respecto.

14. LOS RESTOS

Mucho se ha discutido sobre el paradero de los restos del primer almirante de las Indias, desde que levantaron vivísima y a veces virulenta polémica los revolucionarios hallazgos realizados en setiembre de 1877 en la catedral de Santo Domingo. Con su prudencia y mesura acostumbradas A. Ballesteros (70) volvió a insistir en las tesis mantenidas por la Academia de la Historia matritense; es la misma postura defendida con más luminarias y alharacas por B. Cuartero y Huerta (71). Intentó conciliar los

(68) "El rol del cuarto viaje colombino", *AEA* 42 ('85) 243 ss.

(69) "Una rectificación y tres documentos", *RI* 13 ('53) 609 ss.

(70) "Los restos de Colón", *BRAH* 120 ('47) 7 ss.

(71) "Los restos de Cristóbal Colón. Documentos inéditos y versos latinos demostrativos de su autenticidad", *Estudios* 9 ('53) 1 ss. y *La prueba plena. Documentos inéditos, demostrativos de la autenticidad de los restos de Cristóbal Colón*, Madrid, 1963.

ánimos la teoría ecléctica de J. de la Peña (72), que deja abierta la posibilidad de que parte de los restos hubiese quedado en Santo Domingo en las prisas del último traslado; mas no parece que el apasionamiento de unos y de otros se avenga hoy a amigables componendas. Enorme saber y ardor polémico desplegó M. Giménez Fernández (73) en defensa de una teoría cara a ciertos sevillanos, a saber, que los huesos de Colón no salieron nunca del depósito de la Cartuja, dado que en 1544 una avenida del Guadalquivir arrió la ciudad de Sevilla, y a juicio del gran historiador, cubrió de limo la capilla de Santa Ana, donde se hallaban los sepulcros de los Colones. Pero justamente en ese catastrófico 1544 la virreina hizo un depósito de documentos en el archivo de las Cuevas, según indica el nuevo inventario que he publicado hace poco (74). Asimismo he intentado aclarar los vaivenes que sufrió en los primeros años la política de la familia referente al enterramiento del almirante a la luz de las circunstancias, sugiriendo que fuese Bartolomé de Las Casas el ideólogo que dio nuevo sentido a la traslación de los restos a Santo Domingo (75),

15. PALEOGRAFÍA COLOMBINA

Al publicar una nueva carta de Colón a la reina, conservada en Simancas, J. M.^a Mateos hizo un estudio de los originales colombinos (76). Después, C. Varela (77) ha demostrado la falsedad de algunos documentos de fecha presuntamente temprana en los que aparece la firma con el famoso anagrama, que Colón sólo comenzó a utilizar a partir de 1502.

16. LOS PLEITOS COLOMBINOS

Una nueva y cuidada edición de los pleitos colombinos está

(72) "Los restos de Colón divididos entre Sevilla y Santo Domingo", artículo que apareció últimamente en *Clio* (Santo Domingo) 53 ('84) 84 ss.

(73) "Sevilla y los restos de Cristóbal Colón", *AUH* 12 ('51) 73 ss.

(74) "El archivo colombino de la Cartuja. El inventario de 1544 y un problema anejo", *Historia de la Cartuja de Sevilla*, Sevilla, 1989, págs. 149 ss.

(75) *Traslado de restos. Documentos y enigmas*.

(76) *Colón e Isabel la Católica*, Valladolid, 1942.

(77) *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, págs. LXXI-LXXII.

siendo publicada por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (vol. I-IV, VIII). Es lástima que se haya optado por hacer sólo una transcripción paleográfica de las probanzas del Archivo de Indias, muchas veces innecesaria (¿a qué mantener la *y* en *Myn*, 'Martín?'), sin corregir errores manifiestos de la copia ni facilitar la lectura poniendo puntuación y acentos.

II. LA EXPLORACIÓN DEL ATLÁNTICO

Se ha discutido en ocasiones la propiedad del término «viajes menores» que aplicó M. Fernández de Navarrete a las navegaciones posteriores a Colón; en efecto, desde el punto de vista español sólo cabe hablar de dos «grandes viajes», el que descubrió América y el que dio la vuelta al mundo, pues todos los demás, en comparación con éstos son en sentido estricto menores, incluidos los tres últimos de Colón. Tampoco parece muy acertada la designación de «viajes andaluces» que goza ahora de cierta boga y que hasta se ha colado en el título del conocido libro de L. A. Vigneras: que en muchos casos no eran andaluces ni los marineros ni su capitán. Otros nombres propuestos caen por su propia base, víctimas de su longitud y rimbombante tautología, pues pueden ser aplicados tanto al periplo de Hannón como a la navegación de Bougainville. Es aconsejable, en consecuencia, evitar el uso de etiquetas y, en el peor de los casos, de tener que poner alguna, utilizar el término tradicional, el empleado por el mejor historiador de nuestra Marina de todos los tiempos. Una visión general ofrece una conferencia pronunciada en Santander por F. Pérez Embid sobre «Los viajes a Indias en la época de Juan de la Cosa», *Estudios de Historia marítima*, Sevilla, 1979, pág. 219 ss., refundida en su traducción del *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, de Ch. Verlinden, Madrid, 1967, pág. 129 ss.

1. VICENTE YÁÑEZ PINZÓN

A. Muro desempolvó del Archivo de Protocolos sevillano un requerimiento de capital importancia, cuyo anexo permitió conocer los términos en que estaba redactada «La primera capitula-

ción con Vicente Yañez Pinzón para descubrir las Indias (4 junio 1499)» publicado todo ello en *AEA* 4 ('47) 741 ss. Otra escritura notarial, otorgada por sus hijas, ilustra algunos aspectos de su vida familiar retrotrayéndonos a años anteriores a 1492; di a conocer extractos de ella junto con otras noticias en 1988 (78). Recientemente ha aparecido la estupenda trilogía de J. Manzano dedicada *Los Pinzones y el Descubrimiento de América* (Madrid, 1988, 3 vols.), en la que la parte correspondiente a Martín Alonso ha sido escrita por Ana M.^a Manzano bajo la dirección paterna. El grueso de la obra narra la vida y andanzas del benjamín, sumidas en tal ignorancia que hasta algunos de sus viajes estaban mal fechados. La utilización crítica de material inédito proveniente en su mayor parte del Archivo de Indias, y muy en especial las reclamaciones formuladas en un pleito (Justicia 988), el libro manual de Sancho de Matienzo (Contratación 4674), el libro de armadas (Contratación 3251) y los cedularios regios (Indiferente general 418 ss.), iluminan ahora con gran claridad el viaje de 1504 (el segundo al Brasil, que Manzano reconstruye con tino) y el concierto hecho en 1508 en Burgos, durante la famosa junta de navegantes, por Vicentiáñez con el burgalés Martín García de Salazar para colonizar Puerto Rico (cediéndole al socio capitalista la mitad de las mercedes que le habían sido concedidas en Boriquén), así como los preparativos de la armada de descubrimiento capitaneada por Pinzón y Solís, sus múltiples peripecias y su definitiva realización en 1508; después, por primera vez se sigue el rastro a la estancia de Pinzón en Sevilla a través de las escrituras que pasaron ante escribano. El resultado es verdaderamente imponente y de importancia capital tanto para la biografía de Vicentiáñez como en general para la comprensión de toda la política ultramarina. Sobre «El viaje de Pinzón y Solís al Yucatan» se ocupó R. Ezquerro en un artículo (*RI* 30 ('70) 217 ss.) juzgado por Manzano (*Los Pinzones*, II, pág. 362) como «insuperable» en ciertos aspectos; en cuanto a «Pinzón y Brasil» cf. R. Barreiro en *RI* 176 ('69) 163 ss.

2. ALONSO DE HOJEDA

En 1892 la duquesa de Alba entregó a la imprenta un documento de su archivo de Liria que arrojaba gran luz sobre su

(78) "Sobre la vida familiar de Vicente Yañez Pinzón", *RI* 47 ('87) 745 ss.

primer viaje, el de 1499 (79). La importancia de esta información celebrada por Rodrigo Pérez, lugarteniente de Colón en los casos de justicia, no fue reconocida de inmediato. Pero como nunca es tarde si la dicha es buena, sacó de ella todo el jugo posible un excelente artículo de C. Seco Serrano (80), historiador de primerísimo rango a quien las circunstancias desviaron por desgracia del americanismo. Demostró Seco, en efecto, que la navegación, iniciada el 18 de mayo de 1499, se había hecho en dos carabelas (la segunda se añadió en el cabo de Aguer), sin que la capitania de ninguna de ellas correspondiera a Amerigo Vespuche, tan exaltado por cierto tipo de historiografía nacionalista: recaía el mando sobre Hojeda y Guevara. Acerca de la deposición de Colón, poniéndola en relación con una cláusula de la primera capitulación de Hojeda, hablé en *HBA* 28 ('84) 75 ss. Acerca de la exploración de Hojeda en Paria cf. J. Manzano, *Los Pinzones*, I, pág. 384 ss.

3. CRISTÓBAL Y LUIS GUERRA

De la familia Guerra, después de los estudios de Vigneras, que supusieron un importante avance, aporté nuevas noticias en *AEA* 42 ('85) 304 ss. 433 ss., que dieron testimonio fehaciente de que Luis Guerra, vecino de Triana, el capitán del viaje de 1504, no era el cambiador hermano de Cristóbal, como se venía diciéndose. Un hermano del trianero Luis, Antón Mariño, que suministró víveres a Colón en 1498, participó después en la expedición de Vélez de Mendoza en 1500 y por fin sintió la llamada de la religión, metiéndose a cura. Hace precisiones sobre su primer viaje a las perlas J. Manzano, *Colón descubrió América del Sur en 1494*, pág. 377 ss.

4. ALONSO VÉLEZ DE MENDOZA

Sobre su figura y la personalidad de los navegantes trianeros reuní una larga serie de datos en *AEA* 42 ('85) 333 ss. y 375 ss.,

(79) *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, Madrid, 1892, págs. 25 ss.

(80) "Algunos datos definitivos sobre el viaje Hojeda-Vespucio", *RI* 15 ('55) 89 ss. Fue Seco quien puso también una jugosa introducción a la edición de la obra de M. Fernández de Navarrete en la *B.A.E.*

que completan los que publicó en su tiempo L. A. Vigneras en *AEA* 14 ('57) 335 ss.

5. DIEGO DE LEPE

Llamó la atención sobre su figura L. Gil Munilla en *AEA*, 9 ('52) 73 ss. Publiqué una serie de documentos inéditos en *AEA* 42 ('85) 313 ss., 368 ss. Sobre su viaje cf. J. Manzano, *Colón descubrió América del Sur en 1494*, pág. 392 ss. y muy en especial *Los Pinzones*, I, pág. 342, con discusión fundamental que ilustra de manera definitiva la identificación del río llamado Marañón en estos primeros tiempos con el Orinoco.

6. RODRIGO DE BASTIDAS

Una buena monografía de J. J. Real (81) logró despejar algunas incógnitas de su vida. En primer lugar quedó aclarado, ya sin lugar a dudas, que era falsa la especie de que Bastidas hubiese sido escribano de Sevilla. Asimismo diversas cédulas regias relativas a órdenes de pago, publicadas por Real en un valioso apéndice de documentos, revelaron los nombres de los marineros, mitad vascos y mitad andaluces, que fueron en el viaje de 1502. El concierto hecho por los armadores en 1500 para su financiación fue publicado en el *Catálogo de los fondos americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla*, I, pág. 445 ss. Sobre su familia y la estancia ulterior de Bastidas en Sevilla y su compañía con el mayordomo Alonso Rodríguez, uno de los armadores de 1500, di copiosa documentación en *AEA* 42 ('85) 317 ss., 387 ss.

7. JUAN DE LA COSA

El mejor estudio de conjunto sigue siendo, como queda dicho, el de A. Ballesteros. Con razón la escuela española (Ballesteros, R. Barreiro (82)) ha defendido la participación de Juan de la

(81) "El sevillano Rodrigo de Bastidas. Algunas rectificaciones en torno a su figura", *AH* 111-112 ('61).

(82) "Juan de la Cosa y su doble personalidad", *RGM* 178 ('70) 165 ss. Cf. asimismo J. Manzano, *Colón descubrió América del Sur en 1494*, pág. 276 ss., *Colón y su secreto*, pág. 690, nota 32.

Cosa tanto en el primero como en el segundo viaje colombino frente a la opinión vacilante de A. B. Gould y la tajante de S. E. Morison (83), que desdoblaban su personalidad. En efecto, vemos ahora aparecer a Juan Vizcaíno no sólo en la famosa declaración de la continentalidad de Cuba en 1494 (84), sino en textos de 1496 referentes a Indias (85); asimismo en 1497 Alfonso Pérez de Carballo y Juan Griego le dieron poder en Sevilla a Juan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, para cobrar el sueldo que se les debía por sus servicios en La Española, a la que probablemente habían ido en 1493, regresando con Colón en 1496 (86); y estos poderes se dan por regla general a compañeros de viaje. Por el contrario, no es tan segura a mi juicio la fecha de composición del famoso mapa, que en el trazado de algunas regiones parece coetáneo a 1503, cuando tanto se temía el avance inglés en las costas de América que se pensaba que iba a topar con ellos Alonso de Hojeda; defiende la fecha tradicional J. Manzano, *Los Pinzones*, I, pág. 327 ss. Publiqué y comenté el concierto de los armadores del viaje de 1504 en *AEA* 42 ('85) 417 ss. y 484 ss. (quizá convenga advertir que mi documento XVII contiene en realidad dos, separados por el punto y aparte). Sobre su actividad en 1507, el mando de una armada de dos carabelas para salvaguardar de piratas la costa andaluza, cf. J. Manzano, *Los Pinzones*, II, pág. 176 ss.

8. AMERIGO VESPUCHE

De todos son sabidas las brañas y trampantojos que esperan al historiador que busque abrirse camino en el laberinto formado por sus viajes reales e imaginarios. Un estado de la cuestión hizo L. Gil Munilla (87); contra las teorías crédulas en exceso de Levillier (1948) levantó fundadas críticas R. Barreiro, «Vespucio y Levillier», *RGM* 175 ('68) 351 ss. J. Manzano (*Colón descubrió América del Sur en 1494*, pág. 272 ss.; *Colón y su secreto*, pág.

(83) *The European Discovery of America. The Southern Voyages. A.D. 1492-1616*, Nueva York, 1974, págs. 139-140.

(84) Cf. la edición de C. VARELA en J. GIL-C. VARELA, *Cartas de particulares*, pág. 219 (era entonces marinero de la "Niña").

(85) Cf. mis *Mitos y utopías del Descubrimiento. 1. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, págs. 115 ss.

(86) El 15 y 17 de noviembre de 1497 respectivamente (J. Bono-C. Ungueti) *Los protocolos sevillanos de la época del Descubrimiento*, Sevilla, 1986, pág. 77.

(87) "Problemática vespuciana actual", *EA* 37 ('54) 305 ss.

531 ss.) ha tratado de rehabilitar la *Lettera* retrotrayendo la primera navegación a 1494: Vespuche habría ido en las carabelas de Torres, y su relación correspondería a este periplo; pero en febrero de 1495 consta documentalmente que el florentino se hallaba en Sevilla (cf. C. Varela, *Colón y los florentinos*, pág. 64). En 1902 publicó J. Gestoso una interesante información que pasó ante el escribano hispalense Manuel Segura en 1510, relativa a la autenticación de un documento por el que Colón había concedido unas tierras en La Española a su hijo Diego. Como testigos presentados por el cartujo Gorricio figuraron entonces personas de la categoría de B. Grimaldo, el doctor en Teología fray Francisco, el canónigo y apoderado de Colón Luis Fernández de Soria y Vespuche. La importancia de la declaración del florentino, que no pasó inadvertida a C. de Lollis, ha sido destacada no ha mucho por R. Ezquerro (88), que señaló que fechaba de manera más o menos exacta el año en que se conocieron Colón y Amerigo, que hubo de ser hacia 1485, en Sevilla o quizás en Córdoba. Recientemente se ha producido el sensacional hallazgo de su testamento, publicado por C. Varela (89), que ha dado a conocer otras escrituras inéditas de Vespuche y de su entorno. La misma autora ha estudiado en profundidad las actividades del primer piloto mayor en *Colón y los florentinos*, pág. 44 ss.

9. JUAN BERMÚDEZ

Sobre este piloto, que dio nombre a la Bermuda, reunió noticias R. Barreiro, «Las islas Bermudas y Juan Bermúdez», *RGM* 178 ('70) 667 ss., concluyendo que las descubrió hacia 1505.

III. LA EXPLORACION DEL OCEANO PACIFICO

En comparación con lo mucho que se han estudiado los primeros viajes españoles de descubrimiento, resultan un tanto decepcionantes los logros de la investigación realizada en los últimos decenios sobre nuestros exploradores del Pacífico, y eso después de que el siglo se iniciara con el monumental esfuerzo

(88) "Los primeros contactos entre Colón y Vespucio", *RI* 36 ('76) 19 ss.

(89) "El testamento de Amerigo Vespucci", *HBA* 30 ('86) 3 ss.

de P. Pastells y del equipo dirigido por P. Torres Lanzas, esfuerzo que, como suele ocurrir en nuestra patria, se fue agotando paulatinamente, conforme se apagaba el eco de la catástrofe del 98 y nuestros buques de guerra dejaban de surcar las aguas del mar del Sur. Una excepción confirma hoy la regla: la dedicación continuada a los navegantes del Pacífico por parte de R. Ferrando y sobre todo de A. Landín Carrasco, que además de dos valiosas monografías ha redactado un muy útil *Islario español del Pacífico* (Madrid, 1984). También es importante el estudio de B. Torres y P. E. Pérez Mallaina sobre *La armada del mar del Sur* (Sevilla, 1987), pues hace la historia de la comunicación marítima entre Lima y Panamá explicando sus vicisitudes, y aclara las razones de la insignificancia de la marina de guerra en la costa del Pacífico, que se debió en definitiva a su escasa rentabilidad; la única pena es que no se hayan evitado ciertas repeticiones, escollo siempre difícil de sortear en los trabajos escritos en colaboración. Una visión de conjunto de los viajes españoles, amena y simpática por su sencillez y falta de pretensiones, llevó a cabo el industrial exiliado en México C. Prieto (*El Océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI*, Madrid, 1986). A una síntesis aspiró V. Rodríguez Casado: «El Pacífico en la política internacional española hasta la emancipación de América», *EA* 2 ('50) 1 ss. Un pequeño resumen sobre los descubrimientos en la Micronesia (Marianas, Carolinas, Palaos) realizó J. Plá Cárceles, «España en la Micronesia», *RI* 11 ('51) 29 ss. También hay que recordar dos obras colectivas: *To the Totem Shore. The Spanish Presence on the North-West Coast*, Madrid, 1986, y el hermoso volumen coordinado por C. Martínez Shaw (*El Pacífico español de Magallanes a Malaspina*, Madrid, 1988), con colaboraciones por lo general valiosas; y asimismo el segundo tomo de mis *Mitos y utopías del Descubrimiento*, dedicado al Pacífico (Madrid, 1989). Poca cosa, es cierto, para la relevancia del tema, y no deja de descorazonar que el hueco haya sido cubierto por investigaciones de eruditos extranjeros, entre los que sobresalen los nombres de M. Obregón, C. Kelly, Mathes y H. Kelsey.

1. MAGALLANES Y ELCANO

Como se recordará, ya Colón pensó en 1494 en volver a España dando la vuelta a la India. Después, el 19 de julio de 1511 propusieron los Colones (el memorial está firmado por D. Diego

y redactado probablemente por D. Hernando) al rey las ventajas de «rodear el mundo», según dice el interesante proyecto publicado por L. Arranz en *RI* 45 ('85) 349 ss. y sobre todo 365 ss. (90). Una deuda del navegante por cuantía de 200 ducados al portugués Simón Rangel, reclamaba todavía en vano a sus herederos (los hijos de Diego, y no como se imprime Hernando, Barbosa) en 1525, dio a conocer L. Cuesta, «Una curiosa demanda sobre los bienes de Hernando de Magallanes», *RI* 10 ('50) 863-64. Lo más granado de la aportación española puede encontrarse en el volumen colectivo *A viagem de Fernão de Magalhães e a questão das Molucas* (Lisboa, 1975), con sustanciales aportaciones de una serie de investigadores de primera fila. Desde el punto de vista documental destaca la escritura referente a «La almoneda de la Victoria», con el elenco de sus mástiles, velas y aparejos, que publiqué en *HBA* 45 ('88) 105 ss. Una amena narración acerca de las *Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego*, incluyendo las de Ladrillero, Sarmiento de Gamboa, los Nodales, etc., escribió J. Oyarzun Iñarra (Madrid, 1976).

2. SEBASTIÁN CABOTO

Hay que reconocer que muy poco se ha avanzado desde la monumental biografía de J. T. Medina. Después del gran chileno, el malogrado viaje de 1526 a la Especiería ha atraído, como es lógico, el interés especial de los historiadores argentinos. Noticias dispersas sobre la personalidad de este hombre extraño, tan fascinante como embustero, se pueden encontrar en la embarullada maraña del libro de J. Pulido Rubio sobre *El Piloto mayor de la Casa de la Contratación* (Sevilla, 1950), cuyas páginas contienen datos interesantísimos pero inconexos. A una figura relacionada con el veneciano, «Francisco de Lizaur, hidalgo indiano de principios del siglo XVI» consagró un estudio encomiástico, pero útil M. Muñoz de San Pedro en *BRAH* 123 ('48) 57 ss. En «Los armadores de Sebastián Caboto: un inglés entre italianos», *AEA* 45 ('88) 3 ss. he dado a conocer el concierto que, para efectuar el viaje a la Especiería, hicieron en 1525 con Caboto los mercaderes genoveses residentes en Sevilla y el inglés R. Thorne,

(90) Sobre «La herencia colombina en los primeros proyectos de descubierta y colonización» (Jamaica, Puerto Rico, las islas de los caribes) escribió Arranz un interesante artículo en *RI* 37 ('77) 425 ss.

concierto que contiene *in nuce* el texto de la capitulación regia, que admite las condiciones en copia literal; de paso he estudiado asimismo la interesante figura de Thorne a la luz un tanto apagada de los protocolos hispalenses.

3. H. DE GRIJALBA

Un relato de su tormentoso y trágico viaje por el Pacífico edité en *RHN* 6 ('88) 53 ss.; advierto ahora que el mismo texto ya había sido publicado por Blázquez. Pero veo también que no es superflua la repetición, ya que Blázquez se limitó a transcribir el manuscrito sin preocuparse en absoluto por los problemas que plantea su contenido.

4. RUY LÓPEZ DE VILLALOBOS

Una nueva y fundamental relación del viaje dio a conocer C. Varela (*El viaje de don Ruy López de Villalobos a las islas del Poniente. 1542-1548*, Milán, 1983), que asimismo publicó sobre los originales el resto de las fuentes (la carta de Jerónimo de Santisteban y la relación de García de Escalante Alvarado). Es lástima que el manuscrito, que presenta los dibujos vandálicamente mutilados, esté trunco al final, quizá por culpa del mismo bárbaro.

5. ALVARO DE MENDAÑA

De la compleja personalidad del cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa nos ha dado una primera biografía A. Landín Carrasco, no por incompleta menos útil (*Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa* Madrid, 1945). A los viajes australes de Mendaña y Quirós consagró un artículo F. Morales Padrón, «Los descubrimientos de Mendaña, Fernández Quirós y Váez de Torres y sus relaciones de viajes», *AEA* 24 ('67) 985 ss., coincidiendo con la aparición de la monumental obra de Kelly.

6. PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS

Una provechosa aproximación a su descubrimiento cabe hallar en R. Ferrando, «Felipe III y la política española en el mar del Sur», *RI* 13 ('53) 539 ss. Hizo una edición facsímil de sus cartas, encabezada con un breve prólogo, C. Sanz (91); el interés del bibliófilo por el Pacífico, y más en concreto por Australia, cuyo nombre intentó derivar de la Austrialia de Quirós, se vio espoleado sin duda a causa del protagonismo que tuvo el propio Sanz en el destino último de la colección Bauzá.

7. LA EXPLORACIÓN DE LA CALIFORNIA

Los ideólogos de la escuela sevillana prestaron en sus comienzos mucha atención a la California. La obra de conjunto que parecían requerir las circunstancias fue encargada como tesis doctoral a A. del Portillo, entonces joven prometedor y digno sucesor en la actualidad de Mr. Escrivá, quien en 1947 publicó en Sevilla su monografía sobre *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, provista de abundantes láminas. El libro, que acusa la ingenuidad del principiante en algunos errores (como la ocasional confusión del corsario holandés *Spilberg* con el más juliovernesco *Spitzberg* (pág. 222 y lám. 16), la transformación de *Larraspur* o *Larraspuru*, en el original sin duda *La Raspur*, en *La Baspier*, (pág. 226) o el tratamiento indiscriminado dado a los dos Carbonel (pág. 240 ss.), a los que toma por una sola persona), está escrito con buena pluma y tiene el acierto de rematar con un muy útil apéndice documental que redime con creces los fallos juveniles. Después de este volumen, no deja de sorprender que también el embrujo de la California sedujera a F. Pérez Embid, que escribió un ensayo sobre «La expansión geográfica de la Nueva España en el siglo XVII» *RI* 11 ('51) 501 ss. A este entusiasmo primerizo sucedió como un cierto desencanto, que sólo rompió V. Rodríguez Casado en 1985: «España en el Pacífico Norte (1588-1614)», *RGM* 209 ('85) 297 ss. Por su parte el aragonés R. del Arco, estudioso polifacético, reunió una serie de datos acerca del «El almirante Pedro Porter Casanate, explorador del golfo de California. Noticias inéditas», *RI* 8

(91) *Australia. Su descubrimiento y denominación*, Madrid, 1973. Hizo SANZ asimismo una *Bibliografía general de los descubrimientos australes*, Madrid, 1975.

(47) 783 ss. Últimamente los descubrimiento californianos han sido objeto asimismo de diversos trabajos. Los pleitos y pugnas de los primeros conquistadores han sido analizados por L. González en un artículo dedicado a «Hernán Cortés, la mar del Sur y Baja California» en *AEA* 42 ('85) 537 ss. Los protagonistas de la historia del siglo XVII han llamado la atención de P. Hernández, basada en documentación de primera mano: «la compañía de los Cardona y sus viajes a las pesquerías de perlas de la costa de California», *AEA* 33 (76) 405 ss. y «Los viajes de D. Isidro de Atondo y Antillón a California, 1683-1685», *AEA* 37 ('80) 3 ss.; de los dos es el último el que me parece más conseguido, quizá por ser el más rico en resultados novedosos.

IV. CONSIDERACIONES FINALES

Si hacemos un balance de los estudios hechos en estos últimos años, se desprende que el interés por la historia de los descubrimientos (y, sobre todo, por las «gestas» de los conquistadores) subió de punto a raíz de la guerra civil, muy a tenor de la exaltación patrioterica e imperialista que marcaba entonces la pauta. Después decreció la pasión, conforme se fueron deshinchando las ínfulas y alegrías de los primeros años triunfales. Ahora torna la atención a las navegaciones españolas, pero el dirigismo político encauza el estudio hacia un siglo, el XVIII, en el que los resultados fueron nulos o pobrísimos en comparación con lo realizado en el siglo XVI, con la desventaja encima de que antes y después de la Ilustración España iba a remolque de las demás potencias europeas, en especial de Francia. Es que en la actualidad se huye como de la peste de todo lo que implique y recuerde conquista y dominación; esta nobilísima postura está pero que muy bien aquí y ahora, aunque, de proyectarse selectivamente hacia atrás, se incurre en el sofisma de proponer imposibles, olvidando que, si se derramó sangre en el siglo XVI, otro tanto se hizo en el siglo XVIII. Los imperios han sido, son y serán cruentos y no cabe hacer alusiones almibaradas ni usar medias tintas veladas de hipocresía, escogiendo de los siglos pretéritos unas cosas y callando otras. El pasado remoto, en cuanto pasado, no es en sí ni bueno ni malo para el hombre de hoy; es bueno o

malo, provechoso o perjudicial, dependiendo del uso que de él se haga en el presente.

Volviendo a nuestro tema, a la vista está que, salvando la figura de Colón —y ahora la de Malaspina, curiosamente navegantes ambos de origen italiano—, faltan en España monografías serias y continuadas sobre la historia de los descubrimientos, pues los volúmenes de Manzano sobre los Pinzones son la excepción que confirma la regla. El encuadre histórico y las circunstancias generales parecen suficientemente conocidas, pero aun así todavía quedan por determinar en cada caso concreto una serie de puntos, que en último término no vienen sino a continuar hoy las directrices dadas en un día ya lejano por M. Fernández de Navárette. Paso a especificarlos a continuación:

- 1) Financiación. Listas de armadores, monto de su participación y alcance de su influencia.
- 2) Apresto. Nombre de los «factores», contadores y «diputados» de cada armada; compra o alquiler de las naves; costo del abastecimiento y suministros, etc.
- 3) Rol de la tripulación, oficiales reales incluidos (92). Biografía y carrera de sus miembros.
- 4) Derrota de la navegación y cartografía de la misma, si la hubiere.
- 5) Relación del viaje.
- 6) Regreso de la armada. Su cargamento (esclavos, especias, oro etc.). Subasta de las naves, dispersión de los marineros, etc.
- 7) Resultados obtenidos, reacción causada por el viaje en otras potencias coloniales y balance final.

Es casi una utopía que hoy un hombre sólo pueda dominar la totalidad de esos campos, tan diversos y de saberes tan especializados; pero también veo difícil que se aúnen esfuerzos particulares en aras de alcanzar un objetivo común. En cualquier caso, ese es un reto que nos espera ya después de pasada la grande y temible conjunción estelar de 1992.

(92) En los viajes de descubrimientos suele fallar el *Catálogo de Pasajeros a Indias*, comenzado a publicar después de la guerra por el personal del Archivo de Indias, bajo la dirección de C. BERMÚDEZ PLATA (I-III, los volúmenes más interesantes, entre 1940-1946).